

Síganme los buenos...

De Puan a Alaska (cuarta parte)

* por Aldana Tranier y Sergio Stiep

Ingresamos a Ecuador por La Balsa, un cruce de frontera informal, el destino era Vilcabamba, un pueblito que nos intrigaba por ostentar la fama de ser cuna de “los viejos más viejos del mundo”, con varias personas que superan con facilidad los 100 años de edad. Su clima primaveral, las propiedades químicas del agua, dada por los minerales que acarrear los ríos y algunas plantas medicinales como el Huilco que crecen en sus orillas, sumado a la ausencia total de estrés, contaminación y ruido parecen ser las claves de los habitantes del “Valle de la Longevidad”.

Cuando llegamos a Cuenca nos encantamos con la riqueza de su arquitectura y cultura las cuales le merecieron el nombramiento de Patrimonio Cultural de la Humanidad. El centro histórico está formado por la zona residencial más antigua, y allí encontramos una gran cantidad de edificaciones de estilo colonial y republicanas de gran hermosura.



Montañita, paraíso de surfistas.

Conocimos la ciudad de Guayaquil, donde caminamos por el malecón Simón Bolívar que se extiende a lo largo del río Guayas y se decora con su Hemiciclo de la Rotonda con los monumentos de San Martín y Bolívar; el barrio de Las Peñas repleto de casas de colores; y el cerro Santa Ana al que se accede por unas escaleras bordeadas de cafeterías y galerías de artes, ofrece vistas a la ciudad y alberga la capilla Santa Ana y un faro.

Otro atractivo de esta ciudad es el Parque Seminario o Parque de las Iguanas en el que se puede apreciar además del monumento a Bolívar, una gran variedad de iguanas que se pasean entre la gente y descansan en los bancos de la plaza.

Nos esperaban las costas de Ecuador, queríamos algo de mar. Visitamos La Chocolatera, el punto más occidental y sobresaliente de Sudamérica, donde habitan colonias de lobos marinos y se observan ballenas jorobadas. Playa Chipipe, una de las más lindas, en Salinas, fue la primera de la lista; luego seguimos con Montañita, el paraíso de surfistas y mucha onda mochilera. Muy cerca de aquí se encuentra Olón, pese a ser un pequeño pueblo pesquero cuenta con la playa más extensa de Ecuador.

Siguiendo por la Ruta del Sol o Spondylus, y tras una breve visita a Puerto López, nos desviamos unos pocos kilómetros hacia Agua Blanca, una comunidad de 300 habitantes dentro del Parque Nacional Machalilla, donde conocimos los restos arqueológicos de la cultura Manteña



Playa Los Frailes

y, tras un baño curativo en su laguna de azufre, retomamos el camino hacia la costa; ahora era el turno de Playa Los Frailes, también dentro del mismo parque, en un entorno agreste y sólo con servicios básicos, esta hermosa playa intenta mantenerse virgen.

En Ecuador hay cuatro lugares con monumentos donde se puede poner un pie en el hemisferio norte y otro en el sur: En la conocida Ciudad Mitad del Mundo; en el poblado de Calacalí; en el cerro Catequilla, uno de los puntos más altos de la mitad del mundo y más exactos: latitud 0° 0'0"; y en la localidad San Luis de Guachalá.

Continuando hacia el norte, llegamos a Otavalo un sábado, el mejor día para visitar uno de los más espectaculares mercados a cielo abierto de Sudamérica. Desde la Plaza de los Ponchos, un alucinante laberinto de telas y ropas de vivos colores que se expande por un gran número de calles aledañas. Nos fascinó el modo en que pudimos vivir la cultura ecuatoriana y sus tradiciones en un mercado en el que se puede encontrar casi de todo, y en el que las generaciones actuales interactúan de la misma forma que lo hacían sus antepasados. Sin duda la verdadera belleza de Otavalo reside en su gente, los indígenas Otavaleños, que han sabido preservar su identidad cultural, son orgullosos de eso y lo demuestran con sus vestimentas, las mujeres con sus blusas blancas bordadas y collares de cuentas o mullos dorados, mientras que los hombres llevan el cabello largo tejido en una trenza, pantalones blancos por los tobillos, ponchos y sandalias.



Plaza de los Ponchos